



Sueños de un escritor

Si no hubiera hecho lo que hice no estaría aquí, entre barrotos y asesinos múltiples, aislado en esta isla en la que no hay otra cosa más que presos y locos. No sé por qué lo hice, la verdad es que no lo sé, yo sólo me sentía deprimido, estaba triste, pero sólo un poco, no sé, y la maté, es verdad, pero lo hice sin querer, eso deben tomarlo en cuenta, aunque todos dirán lo mismo, “no quise hacerlo”, “no fue mi culpa”, “estaba fuera de mis cabales”, “lo hice bajo presión”. Será imposible ganar el juicio porque la maté, sí, fui yo. Quizás pueda alegar que estaba medio dormido, entre el sueño y la vigilia, en esos momentos en que uno despierta pero cree que sueña, no sé, digo yo que podrían creerme si digo algo así. El loco de enfrente asegura que lo soltarán y mató a cuatro, y lo dice así tan tranquilo como si hablara de gallinas o pollos, pero alega que está loco, lo reconoce y acepta. Si hago lo mismo me absuelven, pero tendría que volverme loco para actuar como loco, porque creo que no lo parezco, mientras que el de enfrente no puede ocultarlo. Mirarlo me da miedo, ni decir cuando hacemos la cola en la cafetería y me guiña un ojo de lejos quitándome el hambre en segundos. El otro que me da pánico es el de al lado, pues grita y grita de noche y tienen que venir a calmarlo invariablemente. Dicen que mató a uno que no quería darle *pizza*, la verdad es que cuesta creerlo, pero eso dicen. No sé cómo podrá defenderse alguien que hizo algo así, matar por comer *pizza*, aunque lo mío también es feo, matar por estar de mal humor, sí, es feo. No sé quién tendrá aquí alguna excusa fiable, alguna con fundamento, como se dice. Quizás nadie tenga razón, quizás sólo los locos, y si tengo que decirlo, que aceptarlo y alegarlo, eso, que estoy loco, lo diré porque no quiero pasar mi vida entera aquí, entre rejas. El gordo sueña con comida, pues lo he escuchado y me despierta de noche, con su repaso de listas de supermercado que imagino se cree que está comiendo. El de la bandana es un narcotraficante y ya sólo con eso le basta, pero tiene a su cargo una serie de crímenes de los que se jacta de una manera insólita. Nunca había conocido a nadie tan violento, tan malo y retrechero. Está siempre planeando cómo huir, pero me da terror asociarme para que luego me traicione en un momento de presión y me deje tirado por ahí, incluso muerto, que estoy muy joven para eso. La verdad es que no sé cómo hice lo que hice, por qué estaría de mal humor y por



qué no se me ocurrió tirarle un zapato, sólo un zapato o hasta la almohada. Matarla sólo porque me estaba despertando fue como mucho, sí, exagerado, pero me despertó a gritos y me dolía la cabeza, además me pidió dinero para ir al mercado y pagar el dentista, creo que dijo, o a la peluquería, yo qué sé, que no recuerdo bien. Fue exagerada mi reacción, quizás, pero ¿qué voy a hacer?, ya lo hice y ahora debo pensar qué hacer. Ojalá fuera asmático y creyeran que actué bajo presión porque no quiso ayudarme en un ataque serio mientras sólo me pedía dinero para ir a la peluquería, pero ni soy asmático ni nada. No sé por qué no me dejó dormir, sabía que estaba trasnochado, que había pasado toda la noche viendo el partido de baseball mientras ella dormía, tranquila y sin angustias. Me había visto haciendo cotufas antes de que el partido empezara, sabía bien que iba a pasar mala noche, era fastidiosa, sí, muy fastidiosa.

Los haitianos de la cárcel son hermanos, no lo sabía pero me lo dijeron, son hermanos de sangre, de muy mala sangre para ser ambos asesinos múltiples. Matan sin piedad y se les ve en la cara, no son como yo, que hicieron algo sin querer, así, sin culpa, sino que todo lo hacen adrede, queriéndolo hacer. Es de perros la vida en la cárcel, horrible, inaguantable. No sé por qué hice lo que hice. ¿Qué iba a saber yo que un fuego artificial iba a matarla? ¿Cómo iba a imaginarme eso? Salió disparada con el *Bin Laden* sin imaginarme que fuera tan estruendoso. La gente pensó que era una bomba, claro, quién va a creer que sólo era un fuego artificial. Si encontrara al tipo que me lo vendió me creerían, quizás pudiera testificar a mi favor diciendo que es verdad que yo los compré y que no eran bombas, bueno, pero es ilegal comprar fuegos artificiales, así que estaría mal ese argumento. No sé qué hacer, cómo lograr que crean que no soy un terrorista, pueden ver mi cara y compararla con la de todos estos locos, uno por uno y ver que parezco buena gente, hasta ingenuo y demasiado crédulo. Deben haber quedado restos del *Bin Laden* en el cuarto, digo, papelitos o algo que muestre que no era una bomba sino un simple cohete, un estúpido fuego artificial. A mí no me hizo nada, eso debe comprobar que no era una bomba porque si lo hubiera sido hubiera muerto junto con ella, creo yo. No sé por qué todo salió así, si yo sólo quería echarle broma. La verdad es que no soporto este encierro ni esta injusticia porque yo no hice nada, es cierto que las cosas salieron mal, pero deberían juzgar la intención, sólo la intención. Hasta al perro le lancé un cohete una noche en que no paraba de ladrar, los vecinos son testigos, quizás puedan ayudarme, pero son unos hipócritas y van a aprovechar que estoy aquí para comprar mi casa, que hartó me tenían con la insistencia de que se las vendiera, que ahora no sé cómo funcionará eso si el dueño está preso. Quizás con ese dinero pueda pagar un abogado que me ayude a salir...

Qué patético es todo, quién iba a imaginarse esto. ¡Ah! Pero después de todo es ilegal vender fuegos artificiales. Yo los tenía, es cierto, pero no es culpa mía que los tuviera; de hecho, digo, la culpa es de quien me los vendió, ¿o no?. Quizás éste sea un buen argumento si sé cómo darle la vuelta. La culpa es de los policías que no detuvieron a los vendedores ni requisaron a nadie, no mía, viéndolo bien. ¡Ah!, pase lo que pase ya estoy aquí y estaré aquí por mucho tiempo. Todo está cercado con alambres de púas que nos recuerdan constantemente que somos peligrosos, unos antisociales incapaces de adaptarse al mundo civilizado, la sociedad perfecta donde todos mantienen un equilibrio interno intachable y admirable, donde todos son puntuales y ordenados, controlados y trabajadores. Claro, no han matado nunca a nadie y por eso funcionan, digo yo. Matar no es cualquier cosa, yo lo sé y lo reconozco, pero todos tenemos nuestros arranques y sobre todo accidentes, porque yo no quería matar a nadie, sólo pretendí jugar una broma, una estúpida broma que me costó caro. No sabré cómo interactuar con el mundo cuando salga de aquí porque aquí todos son extraños, no es que yo sea muy normal, lo sé, pero al menos no estoy maquinando sin parar cómo volver a matar sin que me descubran o cómo robar con mayor eficacia y sin necesidad de esconder mi rostro. Aquí nadie ha cambiado, no veo a nadie arrepentido ni dispuesto a cambiar de vida al salir, si es que no están condenados a cadena perpetua, porque éstos sólo

piensan en escapar y en vengarse de los responsables de su captura. La verdad es que no sé para qué existen las cárceles porque la reclusión a que nos someten es temporal e ineficaz. Los malos salen peores y los inocentes que eran buenos salen adiestrados para el mal. Sé que hay ciertas transgresiones que ameritan un castigo mayor porque a mí no me hubiera gustado ver sencillamente perdonado a un individuo que hubiera intentado matarme, pero como el que está aquí ahora soy yo, pues no sé, a uno se le antoja asegurar que no hubiera hecho falta la cárcel para lograr mi cambio. Es que mi caso es distinto, fue un accidente, yo no tengo que cambiar una actitud.

Aquí todo es extraño porque vivo sintiendo que me van a atracar o asesinar, y no es para menos porque las caras de todos y cada uno dan pánico. Tengo que recordarme con frecuencia que estoy en prisión y que a nadie le conviene sumar a su saldo ni un día más, sin contar que no tendrían qué robar porque aquí todos somos pobres y que no tendría ningún sentido matar a no ser por rabia descomedida o simple envidia. Me pregunto si llegaré a acostumbrarme a convivir con estos rostros hasta el punto de no llegarme a sentir agredido por un maleante en el futuro, allá afuera en la calle, digo, cuando salga. Imagino que recordaré que no estoy más en prisión y que en la calle los malos no tienen límites. Quizás me sienta atacado por los buenos, los encorbatados cuyas caras no he aprendido a discernir y no me son ya tan familiares, que parece mentira que lleve aquí diez años. No sé cuál sea el propósito, pero le hacen a uno difícil ser capaz de integrarse de nuevo a una sociedad desaprisionada, donde todo el mundo es libre y no está sujeto a un horario tan rígido ni a la estricta vigilancia de unos guardias que parecen gorilas, ni constreñido a un cuartico que en mi casa sería el baño, ni sometido a comer lo que haya y a usar siempre un uniforme. Anteayer salió uno que parece haber sido asesino, según dicen, porque nadie nunca lo vio llegar. Era tan viejo que sus contemporáneos brillaban por su ausencia, se habían ido ya o habían muerto. El pobre no quería salir, después de tantos años de espera no quería irse, no sabía adónde ni tenía idea de qué hacer allá afuera, en ese mundo que le era tan extraño como parecerá el nuestro a los de afuera. No sabía hacer otra cosa que lavar ropa de presos y plancharla. No entendía por qué no podían dejarlo aquí, en prisión, hasta que muriera, faltaba tan poco para eso y no molestaría a nadie, pero necesitaban su celda, según dijeron, para unos jóvenes nuevos que llegaban con toda la mala sangre con la que llegó él un día. No hubo manera de convencer a los directores de la prisión porque lo soltaron más que inmediatamente, en medio de una tragicómica paradoja como jamás la había visto. Tantos años esperando la libertad para rechazarla, no quererla y hasta odiarla cuando llega. Pero es que para llegar así, a los ochenta años, cuando no se tienen ni las fuerzas, ni la salud, ni la visión siquiera para cruzar una calle, es mejor que no llegue. Se aprende mucho en prisión, se aprende a valorar cada acto y la libertad que se tuvo, así como el calibre de las decisiones y juicios humanos, que aunque esté uno arrepentido puede uno morir de igual forma si eso fue lo que se decretó. Le sucedió a Pablo, un preso joven que mató a su hermano por cuestión de celos. Lo condenaron a cadena perpetua y al pasar cinco años decidieron llevarlo a la silla eléctrica por considerarlo una amenaza pública. No digo que no lo fuera, que matar no es cualquier cosa, pero cambiar así la condena de pronto, tan arbitrariamente, es como decidir también con arbitrariedad matar a alguien de pronto. Me pareció que con la decisión se nivelaron al crimen de Pablo, sí, sí, estaban a la par, pues con la cadena perpetua bastaba, pero no pareció así a los encargados, quienes lo ejecutaron rápidamente. El pobre hombre tenía un diario desconocido por todos. Lo encontraron cuando limpiaron su celda. Cuentan que el arrepentimiento le llegaba a los tuétanos y que estaba más listo para el cielo que para otra cosa. El cura de prisión celebró una Misa por él y nos contó que ahora que estaba muerto podía decir cosas sobre él sin revelar secretos de su intimidad, y que quería que supiéramos que Dios lo había perdonado hacía mucho tiempo, desde que se había arrepentido, mucho antes de que cambiaran la sentencia. Dios lo había olvidado ya todo, pero los hombres no. Eso nos daba esperanzas, es verdad, pero yo prefería salir antes que morir, al menos eso sentía por



ahora. Quizás desee morir de aquí a diez años, si no he salido aún, porque lo cierto es que uno se acostumbra a todo en esta vida, incluso al refinamiento más atroz. Recibir órdenes a diario cuando uno nunca se ha contrariado en nada a uno mismo empieza a parecer con el tiempo justificado, hasta necesario. Que lo alimenten a uno, que se tenga siempre dónde dormir y esté uno confinado a un espacio limitado donde no hay nada que hacer salvo obedecer resulta a veces hasta cómodo. Por eso los mayores no quieren irse cuando les toca, pues lo sueltan a uno cuando está ya sin fuerzas.

Es cierto que me gustaría dormir indefinidamente, sin límites de tiempo, como lo había hecho siempre hasta ahora. Me gustaría ver televisión sin que eligieran el canal por mí y comer lo que me gusta sin que en cambio me lo impusieran, pero nada es perfecto, ni fuera ni dentro. He pensado en escribir, sí, en ponerme a contar las miles de historias que se cruzan por mi mente mientras camino o como y veo los rostros de los prisioneros. Son vidas inimaginables para muchos y desconocidas por todos porque forman parte de otro mundo, son como la otra cara de una moneda, como lo que muestra una vitrina inaccesible o como el lado oscuro e impenetrable del cerebro. Podría hacerme millonario desvelando secretos y contando maravillas, injusticias y horrores. Podría ir directamente a una editorial cuando me suelten, si es que me sueltan. Quizás pueda mandarlo todo por correo estando aquí adentro y quizás sea eso lo que presione a los directores y catalice mi salida. Quién sabe si eso funcione porque ya no sé si saldré por otros medios. El tiempo se hace eterno aquí adentro y no puedo acostumbrarme a esta situación que me tiene como tullido y robotizado por lo programado. Las noches son cada vez más oscuras y al sol ya ni lo veo, pues si salimos a uno se le olvida que está vivo. Ni hablar de la celda de castigo para los desobedientes de palabra, de obra, de omisión y hasta de mirada, pues si se mira feo lo confinan a uno. Estuve sólo una vez y por un mes, sin ver el sol ni hablar con nadie, escuchando el chillido de las ratas y las risas de algún guardia, comiendo sin saber lo que comía porque no se veía ni el tenedor, que por eso comía con las manos, para poder tocar la comida y evitar así que se me cayera. Sólo miré fijamente la puerta de salida, con intensidad y un sueño en la mente, es verdad, pero sin ningún plan premeditado y sin el menor síntoma de intento real, salvo la ilusión que brillaría en mis ojos. Por eso me mandaron al hoyo, sólo por eso, por desear calladamente lo imposible y lo que nunca intentaría. No tengo cara de asesino, de sangre fría y desquiciado. Mi cara es de bobo más bien, de chico bueno e inocente, lo he dicho ya, así que creo que me mandaron por envidia o por fastidiarme, que hasta el guardia es más tosco que yo y se atrevería a mucho más que yo. Me imaginé muerto en el foso, ¿qué más iba a hacer?, era preferible eso a insistir en mantenerme vivo, contando del uno al mil o repitiendo los días de la semana para no olvidar qué día era. Nada de esto valía la pena porque en cierto modo no era inocente, ya lo había aceptado, y es que sí, claro, había matado a alguien, jugándole una broma, pero la había matado, ¿qué iba a hacer? Si le hubiera dado el dinero para ir a la peluquería no lo habría tenido para comprar fuegos artificiales, no se me habría olvidado tirarlos la noche de Navidad y no los habría tenido en mi mesa de noche la mañana aquélla en que los lancé. Fui un estúpido, sí, un verdadero y gran estúpido. Lo tengo merecido por pichirre, por novelero, porque ni tengo hijos que me hubiesen obligado a comprar los *Bin Laden* ni tampoco nunca los había comprado, que en realidad no se me olvidó tirarlos esa noche sino que lo cierto es que tuve flojera y hasta miedo ya que temía hacerlo mal. Todo me salió mal de igual forma, pues no sólo me hubiera salido más barato darle el dinero a mi esposa, pues los cohetes eran carísimos, sino que nunca hubiera entrado en prisión.

Estoy realmente fastidiado y ya no se me ocurre cómo resolver mi situación. Tendré que aprender a esperar pacientemente a que cumpla la condena, no sé, o intentar huir con el grupo de haitianos, los cuales me dan francamente pánico, no miedo, porque matan hasta pajaritos con una facilidad enorme, así, arbitrariamente, cuando les viene en gana. No están aquí por santos y saben bien que si no huyen no saldrán nunca sino directo al otro mundo, que iba a decir el cielo, pero evidentemente ése no sería su destino porque reiteran y reiteran

que no tienen nada de qué arrepentirse. Imagino qué sucedería si hago el más leve ruido esa noche, si me caigo o me da un ataque de claustrofobia por allá abajo en el túnel que abrieron. Me matarían, lo sé, juro que me matarían porque ellos no piensan perder esta oportunidad y menos con una garrapata como yo, que eso sería ni más ni menos, pues que ni me atrevo a escapar solo ni acompañado. Si se ofrecieran a ayudarme... ¡Ah! ¡Qué ilusión!... Si al menos percibieran mi cobardía y mi inutilidad, que la perciben claro está, pero con desprecio, no con deseos de ayudarme, que aquí nadie ayuda a nadie, pues se imaginarán que por algo estamos aquí, incluso yo, que me considero y soy considerado de hecho como el más estúpido, cobarde y respetuoso de la ley en toda la prisión...

Les dije que sí porque sólo pensaba en mí, un poquito menos que todos los que aquí estamos creo yo, pero a efectos prácticos lo suficiente como para haber llegado, que igual le da a la policía. Si nos tocara juzgarnos a nosotros mismos aseguro que mis compañeros me soltarían, que aquí nadie entiende lo que hago en prisión, pero a la policía no he logrado convencerla, que ni se trata de argumentos, pues con mi cara de bobo bastaría y al parecer ni ha bastado ni bastará. Hechos concretos, sólo eso les preocupa, y yo los tengo en mi contra. Una injusticia, sí, creo yo, porque el hecho concreto es que fue un accidente y eso no lo toma en cuenta, ni lo consideran siquiera salvo como irrelevante. No. No me iré con los haitianos porque tengo la esperanza de que algún juez pensante considere mi caso como particular y especial y me absuelva. Intuyo que de irme moriré, sí, moriría si me voy con ellos porque sé que sufriré un ataque de pánico o claustrofobia y me matarán como una cucaracha para callarme, así de sencillo, que lo presiento, lo sé y lo aseguro. Les diré que no voy, esta misma noche se los diré en el comedor. La verdad es que no sé por qué me invitaron a acompañarles, a mí, el más estúpido, sangre liviana, cobarde y pacífico de todos, realmente me asusta, sí, ahora me intriga. ¿Y si me amenazan con matarme sólo por estar enterado? ¿Y si temieran que mi cara revele todo cuando empiece la búsqueda, que es lo más probable? ¿Y si creyeran que mi negativa a última hora se debe a algún complot con los directores de la prisión? ¿Qué hago coño, que no sé cómo resolver este asunto?

-...¿Qué?...¿a cenar? ¡Ah!... ¡ahora se me queda todo por la mitad! –dijo Lorenzo golpeando el procesador de palabras con furia-...Sí, sí, mamá, ya voy, ¡no grites más!

